

Legible-visible, pues está dignamente ilustrado por el grabador Fabián Rendón, el *Cuaderno de mapas* es igualmente un valioso objeto de arte en el que el ojo plástico es también un ojo mental, donde los elementos tangibles de la realidad aparecen casi sobrepuestos, sintetizados unos, deformados otros, en una abstracción dinámica claramente enfilada en un propósito de la plástica contemporánea que persigue, más que la realidad de la visión, una realidad de la concepción. En efecto, de la fisicidad de la cosa (imagen), Rendón excluye sus rasgos denotativos, haciendo así del fondo, de la superficie, el elemento de sus figuraciones. Una habilidad retórica, pareja a la de Juan Manuel Roca, que va de lo sensible a lo abstracto, como parafraseando quizás a Cocteau: "Los racimos de uva pintados ya no atraen a los pájaros. Sólo la mente reconoce la mente".

GUILLERMO LINERO

Mirando los huequicos de las aceras

Anabel Torres

Medias nonas

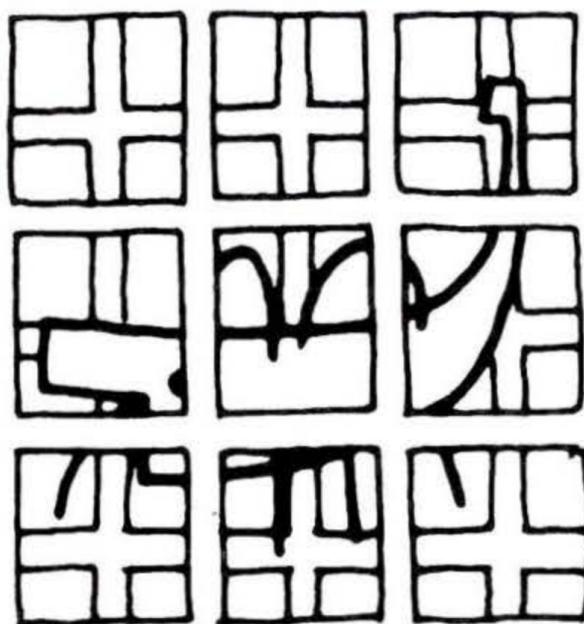
Universidad de Antioquia, Medellín, 1993, 242 págs.

En el primer libro de Anabel Torres (Boqotá, 1948) titulado *Casi poesía* (Editorial, Universidad de Antioquia, 1975), se lee un poema (pág. 57) que dice: "Si quieres conocer un poema/ camina por el parque después de la lluvia mirando los/ huequitos de la acera, llenos de agua que brilla,/ mira el atrio de la iglesia ensartado de rodillas,/ el vendedor de flores, en cuclillas, taciturno, vendiendo/ pedazos de su parcela,/ contempla la cebolla dorada sobre los costales,/ huele la manzanilla, el aire de las seis de la mañana,/ escucha la música de Mozart y la música toda,/ toca la tierra floja,/ siente el agujero diminuto/ de lluvia sobre tu rostro,/ detente a mirar los tenis que venden en las vitrinas,/ recorre los pasillos de las clínicas donde todos se miran/ entre sí/ con ojos muertos".

Lo cito completo porque me ronda el convencimiento de que este poema, de un

libro que ofrece muy pocos atractivos en materia de buena poesía, prefigura lo que va a ser la poesía decantada y bella del último libro de esta autora: *Medias nonas* (Editorial Universidad de Antioquia, 1993).

El caso que traigo es, además, uno de aquellos pocos donde queda justificada la publicación de un libro malo ahora, de un buen poeta después. Quizá ese primer libro, siendo su autor aún muy joven, es un compromiso con el tiempo. Y hay quienes, como Anabel Torres, cumplen con la cita.



En aquel bello poema hay las huellas de una poética de lo elemental, un interés en señalar las cosas por su nombre y lograr con ello, de paso, nombrar la poesía. Después la autora de *Casi poesía*, ganó el segundo puesto en el Premio Nacional de Poesía Universidad de Antioquia, en 1980, con el libro *La mujer del esquimal*. Iba creciendo una voz. Iba despojándose de las hojarascas de la retórica que enumera demasiado y dice poco. Asume en este libro un tono más personal, las palabras se van soltando a caminar solas y van configurando un corpus coherente. Un libro parejo, de pocos descensos. Cierta desenfado y crudeza colocan su escritura en un lugar distinto del que comúnmente ocupa la poesía escrita por mujeres en nuestro país. Aunque con esto toco un aspecto muy discutido y quizá inútil, creo que dicha poesía está casi siempre marcada por una infatigable fila de lugares comunes, como la nostalgia (aquella que sólo gimotea sobre lo que pudo haber sido y no fue), una superficial y tímida eroticidad, derrotas anticipadas que palpan las fron-

teras de una visión existencialista pero desvitalizada, etc. Una escritura que no podría decirse que proviene de la levedad, sino de la fragilidad (literaria).

Hay en los poemas de *Medias nonas* una permanente alusión a los lugares que la rodean, porque de allí bebe las aguas fundamentales de sus temas. Pero estas alusiones son reflexiones que tienen que ver más con las observaciones del poeta que con las anotaciones de un varado: "En un país/ de menos sol/ donde vivo hace cuatro años/ una noche/ reciente/ en un andén/ iluminado con neón/ yo conocí/ sombras de nieve" (Sombras de nieve, *Medias nonas*, pág. 109). Todo el relato del poema nos conduce a la última línea, imagen simple y clara de una visión que parecía imposible. En esa levedad hay una gran carga de poesía.

Todo este libro está bañado por una tenue luz amorosa que no se diluye, sin embargo, en la ramplonería de tratar de definir ese sentimiento o de colocarlo como escudo de nada. Se ve, simplemente, un espíritu nervioso, tocado por una gran sensibilidad y trocado, a su vez, en el escueto lenguaje de mundos cotidianos, en ciertas ceremonias de las pequeñas cosas, de la fría realidad: "Sueño poemas/ y despierto con su olor mudo en los dedos./ Sola reina sin súbditos/ mi capa de armiño empequeñece,/ en el armario/ y en el desierto/ de las palabras/ mi útero/ me ha declarado la guerra./ Estoy sitiada./ Yo, reina inútil, he comenzado a morir/ y no me engaño" (Reina inútil, pág. 223).

No hay falacia en esta poesía, no hay artificios. En ciertos poemas que hablan feo, uno siente que hay mucha poesía. Rupturas, conscientes o no, más parecidas a la existencia, a sus peñascos y caídas.

Anabel Torres había escrito, en *La mujer del esquimal*, un bellissimo poema con un tema "intrascendente": "Si tan sólo ocurriera un milagro/ pequeño,/ si la cocinera se deslizara fuera de su horrible traje/ como una gotera/ cansada/ escapada de un grifo,/ y en el andén/ a medianoche/ la esperara un taxi" (Un milagro pequeño, *Medias nonas*, pág. 37).

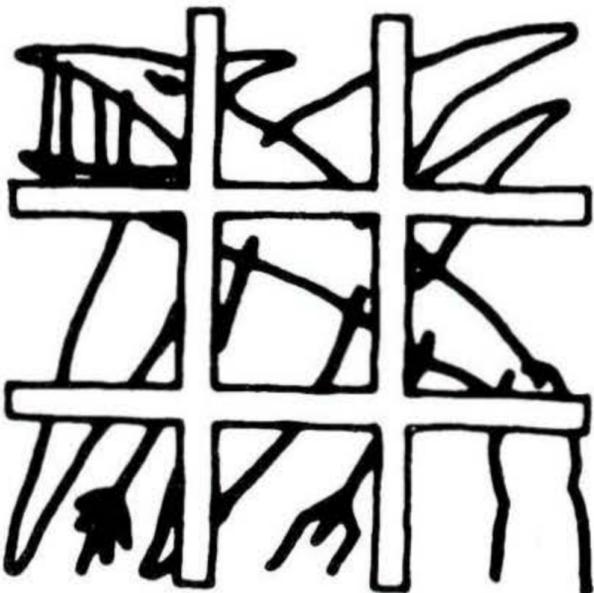
El tema es salvado por un sentimiento sin lágrimas y por un agudo y corrosivo humor, otro surtidor innegable en estos poemas. La risa como ese gesto a veces casi imperceptible que tiene la poesía y que desnuda con precisión a la fútil solemnidad, a la sorda tonada de la rutina. Ese gesto que es, en el decir de Bataille:

"El hecho de captar claramente la comedia no altera el asunto. Las escapatorias (la humildad, la muerte para sí mismo, la creencia en el poder de la razón) no son sino otras tantas vías por las que aún nos hundimos más" (*La experiencia interior*, Taurus, pág. 100).

No hay, pues, desgarraduras en esta poesía. Ningún grito que delate la presencia de una mujer, ni el lloriqueo que en mucha de nuestra escritura viene precedido de derrotas y autoflagelaciones. Esta poesía trabaja sobre la trama de una nobleza interior. Sobre la trama de su propia levedad. Tejido lento de observaciones y sensaciones. Detalles para la memoria de los amigos, de la madre, de los hijos. Evocación del mundo en una ciudad europea, fría, bella, lenta ella misma. Concentración de la poesía que fluye, gráficamente, en pequeñas dosis, en poemas muy cortos muchas veces. O poemas largos que no buscan, en todo caso, nombrar demasiadas cosas, sino merodear una sola, puliéndola. Las palabras en este libro tienen un sensible eco de soledad. He dicho que un cálido sol amoroso baña estas páginas. Ahora digo que ese amor no está exento de su soledad, la que le corresponde en su estatura. Ella aparece como una presencia tenue, no disimulada, sino sutil.

La imagen se hace fuerte, transita con libertad pero también con firmeza: "He llegado inconclusa/ la hora de la rima/ mi cayado sin pastos/ mis ovejas sin ojos y tres patas/ y yo no sé ni aprendo a tocar/ flauta/ pero yo fui enseñada/ también para añorar el terciopelo/ desde mi burda cárcel/ de otomana" (*He llegado, Medias nonas*, pág. 81).

Amor y soledad estrechados en el campo (¿ilimitado?) del poema. Allí



sobrevuelan las imágenes que configuran el espacio de cielos posibles. Aunque ellos contengan la derrota del olvido, de la ausencia, del dolor, que toman de la mano a la palabra: "Me encontrará algún día el amor/ aquí/ plegada como una silla sin usar?/ Yo parezco siempre/ estar hallándolo/ y perdiéndolo" (*Plegable, Medias nonas*, pág. 73).

Esta poesía, no cabe duda, se complace largamente en su gusto por la imagen. Desde muy breves descripciones de una sola puntada, que nos entregan la ruptura de un amor: "Lo último/ que vio el dolor/ fue su camisa amarilla que se alejaba" (*Lo último, Medias nonas*, pág. 35).

Hasta los poemas largos (muy pocos), donde las imágenes se suceden, se deslizan, acariciando apenas la página en blanco: "No soy tan importante/sin embargo/ así y todo/ soy el centro del universo/ su sexta dimensión/ me has recorrido en los pasillos de los hospitales/ y he estado contigo entre la noche que nunca/ se anota en las luces de un bar/ la mano de la mesa sosteniéndote/ hemos estado tambaleantes en la radiopatrulla así/ como debajo/ de la bota/ de aquellos a quienes más les valiera sentir/ vergüenza/ escondida en el botón más tierno de un ramillete de novia/ parte soy de la rosa/ que apenas/ se abre/ como una promesa recién hecha/ y me visitan en las prisiones/ en los teatros cuando termina la función y entran/ los barrenderos,/ y en el cuarto desnudo donde se encierra a las/ siete la soledad de la monja/ donde el silencio se suelta la cofia y caen/ abatidas las cuentas de su rosario/ sobre la mesa/ yo duelo por el hombre que recuerda/ la fecha cuando ingresó a la fábrica nueve meses/ atrás/ y duelo por la herida/ por donde lentamente se desangra y no nota/ estoy en la canción que salta entre las ramas/ en el último estuche de la muerte/ yo soy/ la poesía/ pero cómo decirlo si siempre he sido muda" (*No soy tan importante, Medias nonas*, págs. 127-128).

En los poemas de *Medias nonas* (y en la escritura de Anabel Torres) uno comprueba el destino que Octavio Paz sentenció a la poesía: "Un poema no tiene más sentido que sus imágenes". Ellas son, en verdad, su sustancia primordial. Ellas hablan y "explican" por sí mismas la viva materia que señalan. Por eso en el poema no cabe preguntarse por el sentido del discurso, por la autenticidad de la historia. Las imágenes son su realidad. La poesía es muda, como en el poema que

acabo de citar. Y esto lo puede decir, con imágenes, la poesía misma.

Esas imágenes, en su sentido último, nos muestran que todo (el universo) es silencio.

Este libro, en muchas ocasiones, es un grito, un reclamo, una increpación, pero sin renunciar jamás a la dignidad que el silencio confiere a la poesía. El silencio que hace sombra a la palabra y la esclarece, la limpia de las polillas de la retórica. *Medias nonas* es un paseo, lento, por muchos lugares, por muchos rostros, por las historias nunca repetidas de la larga experiencia de un poeta en su madura soledad.

LUIS GERMÁN SIERRA J.

El deber de ser morales y profundos, atroces y simbólicos

Concurso anual de cuento 1987-1988

Universidad de Antioquia

Universidad de Antioquia, Medellín, 1989,
131 págs.

¿Qué fue de aquellos jóvenes escritores? En el desorden de una mudanza me saltan a la mano los cuentos que escribieron uno, dos años antes que la Universidad de Antioquia los premiara y publicara. Han pasado cuatro años ya, y en ninguna parte escucho sus nombres, y es obvio que el concurso no cumplió su promesa de descubrir, de honrar, como dice el prologuista, a los "escritores que se inician" (pág. 9).

Pero a un concurso no se le puede exigir esa promesa. Un concurso no tiene el deber de descubrir talentos ni de consagrarlos; basta con que despierte el entusiasmo literario un día, con que promueva ese mismo día la fraternidad de una institución con sus asociados. Y cuando se entiende que el concurso literario no es sino un evento más en la política de buena voluntad de una institución, un económico mecenazgo con que la institución publicita su propia imagen, pasa entonces a segundo plano la cuestión acerca del valor literario o de la trascendencia de los cuentos que concursan.